

Relato tomado de **La saltadora. Relatos feministas 1991-2014**, de michelle renyé (Mujer Palabra, 2015)

Libro en formato ebook y pdf descargable en mujerpalabra.net – Libros – ebooks

Esta obra se distribuye bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/)
[No se autoriza a ninguna entidad el cobro de ninguna cantidad por el disfrute de esta obra](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/)

00. Prólogo	09. Buscando trabajo
01. La saltadora	10. En el edificio torcido
02. Bella y la bestia	11. Llegar a la Puerta Azul
03. La historia del chico griego en la playa	12. Diario de una activista estresada
04. He hecho croquetas	13. Carta desde la zona de conflicto
05. Escribo en un cartón	14. Era amor
06. Gata	15. Dos sueños de cuando la saltadora cayó en un pozo
07. Dinero	16. De cuando la saltadora perdió las malditas partículas
08. El misterio de Chihuahua	17. Regenerando la identidad perdida (Ilustración)

16. De cuando la saltadora perdió las malditas partículas

Había escuchado historias de sombras que se habían rebelado y huido de sus cuerpos, y ahora imaginaba el asombro que habrían sentido aquéllos, abandonados a una especie de no existencia por su pérdida de dimensión; un asombro tan intenso que le habría parecido escándalo a quienes no supieran que sus protagonistas (y esto es mera deducción) no podían haber sido creyentes, no alcanzaban la férrea convicción, tan excesiva en su solidez.

Su caso particular, el de ella, era que había perdido el cuerpo. Se acordó de una amiga que había dicho un día, a océanos de distancia, que no se veía en el espejo. Creyó que Vecha hablaba con tristeza o desdén por su persona, e intentó animarla. (Realmente, sería bondadoso interpretar menos, ser más inocentes a la hora de escuchar.) Ahora comprendía lo que ella le había dicho: a veces perdemos el cuerpo.

Sí, ahora sabía lo que significaba. Sin cuerpo, la mente extiende su territorio físico al infinito. No hay nada concreto, asible, y hay mucho espacio; en realidad, vacío, en realidad, distancia.

Sin cuerpo, se ve el dolor y la furia que hubo dentro, que fueron propias; y también, la fea mezquindad, la torpe maldad de las personas ordinarias, sus tristes y pringosos proceder, la intención de mal, ¡de mal!, a causa de sentimientos menores como la envidia, el egoísmo ególatra o inconsciente, el gusto por dominar vidas... Todo entremezclado, como la luz en un cuadro impresionista; y al tiempo, difuso.

En el espacio, efectivamente, cabe todo, todo se mezcla, todo parece pequeño, poca cosa. Es preciso, por tanto, cambiar el enfoque, centrar un poco la atención en la biología del ideal para no ser desbordada; encontrar el hueco físico en un lugar concreto: sentir el oscuro olor de la tierra entre los dedos, alzar la vista para poder encontrar los ojos, tan pequeños y concretos, tan musical sus galaxias, presintiendo la lluvia en la noche, sabiendo cobijarte de las tormentas, sabiendo beber agua del río, alerta, con la tensión precisa de ser capaz de sobrevivir en el medio.

Ahora veía de algún modo lo que de ella se había dicho año tras año, malas interpretaciones, defectuosas, pero creíbles por un crimen en ella marcado llamado empatía y un estado de la misma: intensamente desbordada. Sobre todas las



Relato tomado de **La saltadora. Relatos feministas 1991-2014**, de michelle renyé (Mujer Palabra, 2015)

Libro en formato ebook y pdf descargable en mujerpalabra.net – Libros – ebooks

Esta obra se distribuye bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/)
[No se autoriza a ninguna entidad el cobro de ninguna cantidad por el disfrute de esta obra](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/)

cosas, dolorosas, las interpretaciones; carentes de amor, que es decir, carentes de puentes posibles.

Ay ese dolor de sentirse aislada no sabiendo bien por qué y a pesar del esforzado. Ya lo dijo en otra ocasión, *Se me llenan los músculos de sangre y me estallan los tendones. ¿Y cuándo lo das por perdido? Cuando caigo rendida, sin fuerzas ni para matarme. Nunca nada es suficiente.*

Quizá (pudiera ser) sí había algo infantil en su manera de pensar, pero no el cerrar los ojos y creer que no te ven: era creer que redoblando esfuerzos y dándole a la alegría un uso excepcional, la mediocridad podría reducir sus violencias y el mundo cobrar, así, mayor belleza, mayor justicia, esto es.

Tocar la tierra... No sabía ahora cómo...

No iba a ser oler a tierra... Se había perdido el muro de contención que dibuja la figura en la geografía, concentrándola en un cuerpo. No a tierra, entonces: olería, probablemente, a disonancia... Sin cuerpo, se dispersaba la fuerza que podría componer el ánimo, quedaba disuelta en la nada, que era lo único en ese momento que tenía concentración.